

El problema del desarrollo: una mirada desde la globalización

Alfa Citlalli M. Gutiérrez Hernández^a

Resumen / Abstract

Para muchas personas el concepto de desarrollo es sinónimo de progreso y bienestar, sin embargo, a la luz de la globalización y el neoliberalismo podemos encontrar cierta insatisfacción a partir de sus resultados y efectos negativos en algunas regiones del mundo. En ese sentido, los modelos alternativos de desarrollo ponen en crisis la reproducción del capitalismo tal cual lo conocemos para trazar un trabajo innovador desde otras perspectivas que buscan replantear el paradigma del progreso basado en la dimensión económica.

Palabras clave: desarrollo, capitalismo, globalización, modelos alternativos de desarrollo.

For many people, the concept of development is synonymous with progress and well-being, however, in light of globalization and neoliberalism, we can find some dissatisfaction from its results and negative effects in some regions of the world. In this sense, the alternative models of development put the reproduction of capitalism as we know it in crisis to trace innovative work from other perspectives that seek to rethink the paradigm of progress based on the economic dimension.

Keywords: development, capitalism, globalization, alternative development models.

a. Alfa Citlalli M. Gutiérrez Hernández es doctorante de estudios del desarrollo global en la Universidad Autónoma de Baja California, maestra en Ciencia política por la Universidad de Guadalajara con una orientación en política internacional, geopolítica y seguridad y licenciada en relaciones internacionales por el Tecnológico de Monterrey Campus Guadalajara. Sus áreas de interés son: desarrollo, globalización, bienestar, modelos alternativos de desarrollo e indicadores sociales.

INTRODUCCIÓN

El desarrollo a menudo ha servido como un faro hacia donde varias instituciones, gobiernos y movimientos se han dirigido. En sus entrañas, el desarrollo es una representación geográfica e imaginaria de un mundo mejor que incorpora la esperanza de corregir las desigualdades e injusticias entre naciones, estados y comunidades dentro del marco global existente de las estructuras económicas, particularmente desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. La definición de desarrollo indudablemente se encuentra ligada a la idea de “progreso” que se asocia con mejores niveles de vida, bienestar y otras formas de bien común que benefician a la sociedad en general pero, ¿qué pasa cuando el capitalismo neoliberal atenta contra esta creencia popular en la que se ha puesto la esperanza de miles de personas?

El objetivo de este ensayo consiste en presentar los alcances del concepto de desarrollo a partir de la exploración de su definición y cómo ha evolucionado de la mano de la globalización, así como las críticas que se han suscitado a partir del descontento de sus resultados y efectos en algunas regiones del mundo, mismos que han llevado a replantear tanto los objetivos como el proceso de desarrollo bajo términos propios para, finalmente, abordar hacia dónde se dirigen esas iniciativas y modelos alternativos que se han construido desde abajo en oposición al modelo imperante del capitalismo neoliberal.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDEA DE DESARROLLO

La idea del desarrollo comienza a cobrar mayor relevancia y seguimiento a su discurso a nivel internacional a partir de la segunda mitad del siglo XX. Entre los factores que explican este repentino interés se encuentra (Bustelo, 1992): el impacto del keynesianismo en los países ricos que les permitió recuperarse rápidamente de la crisis de 1929, dando la impresión que las naciones pobres podían repetir la misma hazaña a través de un proceso de industrialización. La pronta recuperación de Japón, Alemania, Francia y Gran Bretaña después de la Segunda Guerra Mundial promovió la creencia de que el desarrollo era una meta fácil de alcanzar; mientras que los nuevos Estados que surgieron en Asia y África a consecuencia de la descolonización, aspiraban al desarrollo como parte de su reafirmación nacional.

El keynesianismo de los años treinta y cuarenta favoreció el inicio de la llamada economía del desarrollo, la cual tenía un sentido estrictamente economicista con base en un modelo de crecimiento lineal. Este nuevo enfoque “permitía el análisis de dos modelos: el del pleno empleo y el del desempleo, junto con el redescubrimiento de la visión dinámica y macroeconómica que había quedado relegada hasta entonces en los análisis económicos” (Ordoñez, 2014:411). Fue en el periodo de la Guerra Fría cuando las dos superpotencias buscaron dominar los procesos de desarrollo en las naciones que se encontraban bajo su

influencia, por lo que la política exterior de Estados Unidos estuvo enfocada en contener el comunismo que abanderaba la hoy extinta Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

El mundo se dividía dentro del binomio capitalismo-comunismo y desarrollo-subdesarrollo, valorando lo positivo con este y todo lo negativo con aquel, condenando lo tradicional y venerando lo moderno. De esta manera, “los países del Tercer Mundo se definieron negativamente, por contraposición a la modernidad y el desarrollo de las metrópolis, incluyéndolos en la categoría homogénea de países atrasados o subdesarrollados” (Naredo, 2015:460). En un inicio, se consideraba que un país adquiriría la condición de desarrollado cuando sus indicadores económicos alcanzan un determinado nivel y que, para llegar a ese punto, los países necesitan dar una serie de pasos comunes. Tal como si se tratara de un camino universal, todos los Estados avanzan hacia el mismo destino y lo único que se requería era ayudar a aquellos países que se encontraban más rezagados.

Para Vargas-Hernández (2008), durante este tiempo, se estableció la teoría de la modernización, cuyo principal postulado señalaba que el desarrollo económico era igual al crecimiento económico, en otras palabras, el crecimiento sostenido del PIB per cápita traería consigo mejores niveles de vida para las comunidades y, con el tiempo, la desigualdad tendría a desaparecer; además de que el incremento de la renta y la producción serían la clave para reducir la pobreza, por lo que la industrialización, el proteccionismo y la intervención del Estado eran elementos clave para salir de esa condición de subdesarrollo.

La modernización fue ideológicamente venerada por el capitalismo occidental cuyas incursiones en el resto del orbe lo mantuvieron en un permanente retraso. En las sociedades tercermundistas, lejos de mantener el crecimiento económico, se acrecentaron las desigualdades debido al “premature incremento de los patrones de consumo con poca relación a niveles locales de productividad” (Vargas-Hernández, 2008:112). Con el surgimiento del adjetivo “subdesarrollado”¹ en 1949 aparece la idea de un cambio dirigido no hacia un estado final, sino también a la posibilidad de provocarlo, es decir, las cosas no sólo se desarrollan, sino que se pueden desarrollar. En ese sentido, Rist (2002) señala que el desarrollo cobra un significado transitivo al ser ejercida una acción por parte de un agente sobre alguien distinto a él. Posteriormente se utilizaría el eufemismo de “país en desarrollo” para referirse a aquellas naciones tercermundistas, es decir, los más atrasados, los menos industrializados y con menor crecimiento económico. Este nuevo concepto abrió paso a una nueva era del desarrollo en términos discursivos puesto que ahora la realidad estaba siendo problematizada de manera tal que provocaba la ilusión del cambio.

1 Este concepto aparece por primera vez en el Punto IV del “Discurso sobre el estado de la Unión” del presidente Truman para referirse a las “regiones insuficientes” con las cuales se buscaba establecer un programa de cooperación que favoreciera su crecimiento económico.

En el terreno del desarrollo, la principal aportación de la Conferencia de Bandung² de 1955 fue la de “acelerar la aparición de nuevas instituciones internacionales (o influir en las ya existentes) encargadas de fomentar el modelo de desarrollo propuesto por los Estados industriales y, especialmente, por los Estados Unidos” (Rist, 2002:105). Con ello comienza a globalizarse la idea de la interdependencia de los pueblos y a surgir nuevas instancias mundiales como el Programa Ampliado de Asistencia Técnica que años más tarde se convertiría en el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Para finales de los cincuenta resultaba claro que las metas de crecimiento no se habían logrado; por un lado, “voces como las de Bauer y Johnson [...] proponían el mercado como una garantía de eficiencia y libertad económica y política”³ (Ordoñez, 2014:412), mientras que al otro lado, la teoría de la dependencia argumentaba que ningún país tercermundista podría alcanzar los niveles de desarrollo de las grandes economías debido a que el sistema internacional estaba moldeado para no dejarlas integrarse a la economía global.

El entusiasmo por el desarrollo experimentó una baja a mediados de la década de los sesenta cuando los países del Sur no lograron consolidar el despegue económico esperado tras la adopción de una serie de medidas a las que se sometieron, fue hasta entonces cuando “se toma conciencia de que es un proceso más complejo de lo que se había pensado y, por consiguiente, más difícil de alcanzar” (Bustelo, 1992: 53). Bajo el entendido de que el desarrollo no es un proceso económico lineal, se comienza a ligar la idea de éste con cuestiones sociales.

En los setenta, movimientos sociales como el feminista permitieron que el debate del desarrollo se nutriera con “conceptos como equidad, distribución, empoderamiento, autonomía y, sobre todo, género como variable de análisis fundamental para una comprensión más acabada de la realidad” (Sanchís, 2011 citado en Urbán, 2017:55). Más tarde, la discusión sobre el desarrollo se centró en el medio ambiente, alcanzando fuerza en 1980 cuando la Unión Mundial para la Naturaleza (UICN) lanza la Estrategia Global para la Conservación en conjunto con el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) y la *World Wildlife Fund* (WWF) con el propósito de incorporar la preservación del medio ambiente al debate del desarrollo.

Aunado a lo anterior, el alejamiento de los indicadores exclusivamente económicos y su acercamiento a las necesidades humanas se vio estancado a principios de los ochenta cuando la crisis en América Latina puso en jaque al sistema financiero internacional y, para remediar la situación, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM) pusieron en marcha una serie de programas de ajuste económico con el fin de generar los

2 Celebrada en Indonesia con el objetivo de favorecer la cooperación afroasiática en materia económica y cultural en oposición al neocolonialismo.

3 Ambos autores señalaban que el Estado intervenía de manera excesiva y que estaba descuidando sus funciones más importantes.

medios para solventar las deudas contraídas con diversas instituciones extranjeras. Para Bustelo (1992), esto significaba una vuelta al enfoque economicista, pues lo urgente era crecer económicamente para después comprender las necesidades de las personas. Bajo estas nuevas medidas, se suponía que el desarrollo llegaría como respuesta de la integración de los países pobres en el mercado global. Finalmente, las estrategias de ajuste consiguieron sacar de la crisis a los países, no obstante, dejaron tras de sí un panorama social decadente que llevó a reflexionar sobre el significado del desarrollo y cuál es la mejor manera de alcanzarlo.

Lo anterior abrió paso al surgimiento de nuevas teorías del desarrollo enfocadas en el análisis y tratamiento de los efectos del subdesarrollo. Así, el concepto de desarrollo ya no estaba ligado al crecimiento económico, sino a la idea de las necesidades básicas para después ir escalando hacia un enfoque de capacidades. En este sentido, el paradigma de desarrollo humano que se presentó en los noventa sentó un cambio radical por dos motivos: en primer lugar, ponía en tela de juicio la premisa utilitarista del crecimiento económico, en especial a partir de las obras de Amartya Sen, pues el proceso de desarrollo debe reflejarse en un aumento de las capacidades de las personas y no como un incremento de la utilidad y bienestar económicos y, en segundo lugar, cuestiona el supuesto de que la acumulación de capital es el trampolín para alcanzar el desarrollo.

Para entonces las bases intelectuales del desarrollo humano ya eran bastante firmes y el escenario era propicio para su aceptación fuera de ese círculo. Un nuevo impulso llegó cuando “el Comité de Naciones para la planificación del desarrollo (*United Nations Committee for Development Planning*) [...] decidió incluir en su informe de 1988 los costos humanos del ajuste estructural” (Griffin, 2001:15), por lo que se creó un grupo de investigación en Ginebra que dio como resultado el informe titulado “El desarrollo de recursos humanos: una dimensión olvidada de la estrategia para el desarrollo”, el cual sentó el precedente del concepto de desarrollo humano. En dicho informe, se debate la definición de la dimensión humana del desarrollo; los indicadores económicos que pueden medirlo de manera realista; el papel de la mujer; las contribuciones de diversos sectores sociales a la salud y la educación; los aportes de la ciencia y la tecnología y; las experiencias comparativas de países de Asia oriental.

UNA DEFINICIÓN INACABADA

Para Rist (2002), el desarrollo tiene un valor de ejemplo puesto en las representaciones que se vinculan con él y las prácticas que implican cambiar según el papel que se adopte: la idea del “desarrollador”, comprometido en hacer llegar la felicidad a los demás o, la del “desarrollado”, que implica modificar patrones de pensamiento y conductas para adentrarse al nuevo mundo que se le ofrece. Parsons, en cambio, hace énfasis en “una visión

occidentalizada que ilustra políticas e ideologías y carga una “verdad” exhaustivamente repetida, en la que el desarrollo consiste en alcanzar las condiciones y las características que hay en las sociedades económicamente superiores” (citado en De Oliveira, 2015, p. 152), es decir, define al mundo bajo un nuevo binomio: países ricos y pobres. Del mismo modo, Richard Peet y E. Hartwick presentan una definición en la que exaltan el componente sociológico del desarrollo al describirlo como “una forma de imaginación social” (2009, p. 65) donde sus teorías son, al mismo tiempo, ideologías persuasivas y modelos para su comprensión.

Dada la ausencia de una definición concreta del concepto de desarrollo, en 1990 el PNUD publicó el “Informe sobre Desarrollo Humano” en el cual quedó asentado dicho término como

... un proceso en el cual se amplían las oportunidades del ser humano [...] las tres más esenciales son disfrutar de una vida prolongada y saludable, adquirir conocimientos y tener acceso a los recursos necesarios para lograr un nivel de vida decente. Si no se poseen estas oportunidades esenciales, muchas otras alternativas continuarán siendo inaccesibles. Pero el desarrollo humano no termina allí. Otras oportunidades altamente valoradas por muchas personas, van desde la libertad política, económica y social, hasta la posibilidad de ser creativo y productivo, respetarse a sí mismo y disfrutar de la garantía de derechos humanos. (PNUD, 1990:34).

En este documento se establece que el desarrollo tiene dos aspectos: la formación de capacidades (salud, conocimientos y destrezas) y el uso que las personas hacen de esas éstas (para el descanso, la producción o para realizar actividades sociales, políticas y culturales). Por lo que, de no lograrse un equilibrio entre ambos, puede generarse una considerable frustración en el individuo. Asimismo, se considera que la expansión del PIB es necesaria pero no lo es todo, pues el desarrollo debe ir más allá del crecimiento económico para centrarse en el ser humano. Muñoz y Vissetaca (2015) resaltan que en este informe se propone una nueva concepción: el llamado desarrollo humano⁴, el cual es acompañado por el Índice de Desarrollo Humano (IDH) como herramienta para la medición del mismo, así como también un análisis anual del impacto que tienen diferentes problemáticas (económicas, políticas y sociales) en el desenvolvimiento de las naciones, poniendo énfasis en otros aspectos para darle un enfoque más integral.

4 Este nuevo concepto se conformó a partir de los estudios y valoraciones teóricas de Amartya Sen, Premio Nobel de Economía en 1988, particularmente de *Poverty and Famines* (1981), así como *The concept of development* (1988). Posterior a la publicación del informe del PNUD, el autor prosiguió enriqueciendo teóricamente dicho enfoque.

Si atendemos todas estas definiciones podemos observar que existen distintas ideas implícitas en ellas, desde el evolucionismo social que conlleva a alcanzar el nivel de los países industrializados, pasando por el individualismo desde la perspectiva del desarrollo de la personalidad de cada sujeto hasta la visión economicista que se relaciona con la idea del crecimiento y el acceso a mayores ingresos. Sin embargo, el problema de conceptualizar el desarrollo es que la mayoría de sus definiciones tienden a basarse en la manera en que un grupo de personas representan las condiciones idóneas de la existencia social, misma que depende totalmente de la subjetividad de quien habla. Ante esta situación, González Valadez (citado en De Oliveira, 2015) propone que el desarrollo debe comprenderse como un proceso mediante el cual las personas puedan realizarse hasta alcanzar cierto grado de satisfacción, entendido de esta manera, el desarrollo incluye una amplia gama de necesidades más allá de lo económico.

En el fondo (Rist, 2002), estos conceptos están sentados sobre la misma base: denotan la esperanza colectiva de querer mejorar las condiciones generales en las que se encuentra la humanidad y un sincero compromiso de querer proteger a los más vulnerables al tratar de revertir su condición de rezago. Cabe sorprenderse que a pesar de que hayan pasado más de sesenta años desde que su extensión a los países del Sur, siga sin haberse alcanzado el desarrollo en más de la mitad de los países del mundo. Los expertos en la materia pueden reconocer la frecuencia con la que se comenten errores sin que se cuestione sus razones para perseverar, por lo que el desarrollo se ha vuelto una creencia que se construye mientras que el error se imputa a la mala interpretación; se cambia de método o de instrumento hasta que se obtiene el resultado esperado.

Los enfoques del desarrollo tienden a ser diferentes entre sí debido a que fueron contruidos bajo determinadas circunstancias históricas. Cada periodo va dándole prioridad analítica a determinados actores, estructuras y las relaciones de poder que se dan alrededor del proceso. De acuerdo con Hidalgo (2000), los modelos de desarrollo no tienden a ser totalmente puros, sino que subyacen un conjunto de variables críticas de índole ontológicas, epistémicas e ideológicas y categoriales que le dan forma a unas estructuras que funcionan como cánones políticos, pues se trata de marcos diseñados por organismos locales o internacionales que pretenden aplicarse a realidades heterogéneas. Tomando en cuenta lo anterior, considero que reto más grande que afrontan los modelos de desarrollo es el de posicionarse como instrumentos políticos que atiendan simultáneamente las exigencias del contexto local, nacional e internacional desde sus propias concepciones filosóficas y cognoscitivas.

Los debates sobre el desarrollo han tenido eco no sólo en las personas sino también en comunidades de diferentes tamaños en todos los rincones del planeta durante un largo período de tiempo. Para Marcus Power (2003), aprender a entender y apreciar las diferencias sociales y económicas entre las distintas regiones del mundo es difícil pues el proceso

se encuentra cargado de valores y resulta particularmente complicado hacerlo dentro del contexto de la globalización contemporánea debido a que los medios de comunicación tienden a simplificar las complejidades y, al mismo tiempo, suelen representar la pobreza como universal o la propia globalización como si se tratase de una novela de ficción.

REPENSAR EL DESARROLLO

Agencias como Naciones Unidas y el Banco Mundial tienen un peso importante dentro del sistema internacional que les permite presentar imaginaciones espaciales dominantes de otros pueblos y lugares, así como para proporcionar informes sobre el crecimiento exitoso, economías milagrosas y una recuperación económica veloz en el corto plazo. A grosso modo, podemos decir que el desarrollo funciona como una especie de “industria” global que ofrece servicios técnicos de asesoría y financiamiento que cuenta con su propia “farmacia” de recetas para países pobres. Esas construcciones imaginarias nos recuerdan que el desarrollo es en sí mismo un proyecto material con un amplio fondo intelectual sobre el mundo moderno, así como las coyunturas sociopolíticas y culturales en las que trabajan las organizaciones para articular sus planes desarrollistas.

Al respecto, Power (2003) señala que ese “fondo” de conocimiento sobre el cual está cimentado el desarrollo global también tiene un carácter espacial, es decir, se encuentra centrado en las experiencias y perspectivas de unos cuantos países. Por lo tanto, el desarrollo es visto y utilizado no solo como un instrumento de control y gestión económica, sino también como una disciplina que, al ser impuesta sobre las personas, margina y relega cualquier otra vía al desarrollo que provenga de la resistencia de la gente, particularmente de aquellos grupos que son “objetos” de intervención y formulación de políticas.

A partir de esta construcción moderna, en el 2001 surge el Foro Social Mundial (FSM) como respuesta a la Cumbre Ministerial de la Organización Mundial del Comercio celebrada dos años atrás para celebrar “diversos Foros, tanto mundiales como regionales, que son el espacio donde se reúnen para generar debates y proponer las alternativas que consideran necesarias para la consecución de un orden mundial más justo y equilibrado” (Usategui, 2009, p. 153), de tal manera que el FSM propone que un mundo diferente al impuesto por el neoliberalismo es potencialmente viable y necesario. A partir de entonces se han conformado diversos movimientos en cuya esencia se encuentra una crítica de los excesos negativos que la globalización ha creado con su metalógica generalizada.

Como respuesta a esos efectos mordaces de la globalización capitalista, Michael Löwy proporciona una especie de manifiesto para la creación de un frente internacional con el objetivo de sembrar las semillas de un nuevo internacionalismo para lo cual es necesario (Harris, 2002): el resurgimiento de la tradición anticapitalista, las aspiraciones humanistas, libertarias, ecológicas, feministas y democráticas de los nuevos movimientos sociales y el

surgimiento de nuevas redes para luchar contra la globalización. Estos tres elementos en conjunto permiten movilizar investigaciones críticas y la participación social de aquellos que buscan pluralizar las instituciones de Bretton Woods.

Para Aguirre, la globalización implica “interdependencia e interacción social, pero esto no garantiza el surgimiento de una sociedad mundial armónica o de un proceso de integración en el que haya progresiva convergencia de culturas y civilizaciones” (Citado en Usategui, 2009, p. 165). En ese sentido, Nederveen (2014) resalta la importancia de pensar en términos plurales, es decir, en la existencia de alternativas distintas al capitalismo y el pensamiento centrista a pesar de que vaya en contra de las fuerzas centrípetas que implica el singular como “piedra angular del mantenimiento de paradigmas” (p. 2) neoliberales, el equilibrio universal y las instituciones internacionales, por lo tanto, los capitalismo tienen más relevancia política y social hoy en día cuando es evidente que la creciente interdependencia y la globalización per se tampoco generan convergencia debido a que pueden ir acompañados de momentos de divergencia al interior de las instituciones o a través de políticas nacionales.

Con base en esto, considero que el capitalismo neoliberal, en su ambición por crear convergencia, se encuentra en crisis por no considerar que las personas son sujetos individuales del desarrollo y, por ende, son muy importantes para cualquier estudio de su significado e interpretación, sin embargo, y con demasiada frecuencia, las personas se han quedado fuera de las consultas y de la participación significativa en su propio desarrollo. Es por ello que el enfoque multipolar del desarrollo tiene como propósito deconstruir los discursos del desarrollo economicista de la época de la posguerra para criticarlo como un sistema unipolar de conocimiento impuesto sobre el subdesarrollado tercer mundo, el cual mantiene a una parte considerable de la población ampliamente excluida de los beneficios de la globalización y de ahí que se produzcan fuertes contestaciones políticas.

Al respecto, Alperovitz (2011) menciona que la necesidad de una “nueva economía” no es otra cosa que el deseo de reestructurar radicalmente el sistema económico con el fin de alcanzar objetivos sociales y ambientales. En los últimos años y tras un profundo sentido de desesperación ante los retos ecológicos y la incapacidad política de hacer frente a los problemas, han surgido una gran cantidad de experimentos que han proliferado por todo el mundo y ganado un número considerable de simpatizantes. Si bien el debate de cambiar el sistema es un tema considerable, estos movimientos buscan una economía cada vez más verde y socialmente responsable.

Por lo que estos movimientos deberán actuar bajo articuladas estrategias de desarrollo que ordenen no sólo las relaciones económicas, sino también las políticas y sociales dentro de las cuales la sociedad visualiza los mecanismos bajo los que podrá alcanzar los objetivos que se trazaron como nación. De manera que, tal como lo señalan Lebret y Moreux, la serie de transiciones por las que atraviesa una población dada, deberán llevarse “desde un

patrón menos humano a otro más humano de la existencia, [...] al más bajo costo posible, mientras se toman en cuenta todos los lazos de solidaridad que existen” (citado en Vargas-Hernández, 2008:112).

OTROS MODELOS DE DESARROLLO

El análisis de los resultados de la actividad económica durante el Siglo XX nos lleva a querer recuperar esa concepción pura como ciencia social para (Bunge, 1985), a partir de una reflexión filosófica, idear una nueva economía política que sirva para el desarrollo integral del ser humano, sin que por esto niegue la importancia del crecimiento económico o permita que la acumulación de materiales se consolide de nueva cuenta como algo indispensable para el progreso de cualquier sociedad. Proponer una visión propia del desarrollo, basada en las necesidades y prioridades sociales no ha sido una tarea fácil, sino que implica una serie de modificaciones en la escala local con el fin de contribuir al debate y al proceso en su conjunto.

Esta nueva forma de entender la economía nos posiciona ante un cambio en donde la concepción del crecimiento económico y el desarrollo humano van de la mano abriéndose paso para convertirse en una nueva economía. Si bien se trata de una ciencia social deberá mantenerse alejada de conformarse únicamente de cálculos econométricos para medir la realización de las personas en aras de que éstas puedan consolidar su bienestar, lo que supone introducir una nueva visión del ser humano y sus más puras aspiraciones dentro de estas nuevas concepciones alternativas de desarrollo.

Los modelos alternativos se crean con base en cómo una sociedad determina su relación con sus “recursos materiales y sus instituciones para buscar el progreso y la satisfacción de necesidades de todos sus miembros, articulado con sus historia, su cultura, su producción económica, su tradición jurídico política y sus posibilidades de adelanto científico y tecnológico” (Cardona, 1993 citado en Herrera y Rodríguez, 2010). Algunos de estos modelos son implementados en lo global, nacional o local y pueden estar directamente inspirados por estrategias que son únicas dadas sus características.

Nederveen (1998) destaca que en el desarrollo se encuentra más orientado hacia los actores locales y en la subjetividad de las personas en lugar de anclarse a las estructuras e instituciones generales, los organismos estatales o internacionales como las instituciones financieras o las agencias de la ONU. Esa subjetividad que señala el autor, llámese calidad de vida, bienestar o felicidad, han quedado ligadas al concepto de desarrollo y, éstas a su vez, están vinculada a una visión occidental y capitalista que pretende que los países subdesarrollados sigan el camino trazado hasta lograr su inclusión en la modernidad, la globalización y el primer mundo. Al final, mas allá de etiquetar estas opciones bajo algún adjetivo, lo que importa es la dirección y el carácter del desarrollo general.

Ante la necesidad de transformar el sistema económico, los llamados Modelos de la Nueva Economía (NEMs por sus siglas en inglés) están promoviendo pequeñas soluciones que nos llevan a pensar que es posible construir un modelo de desarrollo centrado en las personas; iniciativas provenientes del comercio justo, las empresas sociales, el consumo local, la economía social, solidaria, del bien común, colaborativa, circular o de la felicidad, entre otros, están demostrando tanto en el campo de la teoría como en la práctica que existen alternativas que contribuyen a crear sociedades más justas, inclusivas y prósperas.

Derivado de lo anterior, podemos hacer un comparativo entre distintos modelos como el de Ciudad Feliz, el Buen Vivir, el Indicador de Progreso Social y la Felicidad Nacional Bruta (FNB), los cuales parten de la misma base pues “todos intentan transitar de la meta de las economías del crecimiento que es exclusivamente económico hacia el bienestar de las personas y del planeta” (Duncan, 2016:27). El auge de estos nuevos modelos deviene de un cambio de consciencia que va más allá del aspecto monetario.

Estas iniciativas comprenden un conjunto de ideas que ponen en tela de juicio el significado de la palabra “desarrollo” y buscan constituirse como una opción alternativa al modelo occidentalista. Dichas propuestas cambiaron la visión de la construcción social bajo otros estándares ajenos al ideal capitalista, asimismo, sus debates se erigen sobre el acuerdo de que sus transformaciones y estrategias políticas deben de ir más allá de los límites del concepto hegemónico de desarrollo. Este enfoque desafía no sólo la visión sino también a las instituciones para dar lugar a nuevas posibilidades de cambio, de crear procesos genuinos de regeneración y dar luz a novedosas formas de solidaridad internacional.

En palabras de Giovanni Reyes, se trata de que el objetivo sobre el que se construye el modelo se apoye y se corresponda con los “fundamentos del desarrollo y su integridad, en función de la economía, la satisfacción de necesidades genuinas, el uso sostenido de recursos naturales renovables y la apropiada utilización de la tecnología, respetando con ello la cultura y los derechos humanos” (2009, p. 135). De tal manera que el desarrollo constituye un tema convergente y multidisciplinario, producto de la interacción de variados factores y condicionantes socioeconómicas que actúan de manera dinámica en distintos contextos culturales, dándole así un sello característico a las sociedades.

Ahora bien, ¿qué tipo de modelo necesitamos para transformar esa globalización imperialista? David Harvey (2009), responde a esta interrogante señalando la imperiosa necesidad de articular un humanismo revolucionario laico que pueda aliarse con aquellos de base religiosa para pelear en contra de las múltiples formas y procesos capitalistas que traen consigo grandes diferencias económicas y sociales, esta batalla solo puede darse tras una reflexión profunda sobre el significado de ser humano y a qué tipo aspiramos a convertirnos.

Al respecto, Wallerstein (1998) señala que nos encontramos ante una oportunidad “utopística”⁵ que puede impactar en el surgimiento del nuevo sistema-mundo. Para lo cual hace hincapié al mencionar que no se trata de un futuro perfecto, sino de uno alternativo, mejorado y plausible e incierto desde una perspectiva histórica, que al mismo tiempo lo coloca como un ejercicio en el ámbito de la política, la ciencia y la moralidad, de manera que implica replantear las estructuras de lo que conocemos y lo que en realidad sabemos acerca de cómo funciona el mundo. Desde la perspectiva del autor, el liberalismo perdió su magia cuando se tomó conciencia que éste no logró resolver la polarización económica y social, no obstante, la existencia de iniciativas que abanderan otras formas de organización es una señal inequívoca de que estamos entrando en una transición histórica que busca establecer una sociedad más justa, un mundo mejor del que conocemos.

CONCLUSIONES

Con base a los planteamientos expuestos, considero que hablar del desarrollo desde esta concepción monolítica, invariable e imperativa que conocemos ha fracasado por varias razones. Dado que la ciencia se preocupa por calibrar la relación entre lo universal y lo particular, el primer motivo de su descalabro radica en que tanto la modernidad como el capitalismo se encuentran unidos bajo el enfoque de la globalización y, por ende, de una latente tendencia a la homogeneización. El segundo motivo se debe a que el desarrollo, desde la mirada del desarrollador y no del desarrollado, resulta en una imposición deshumanizadora que anula la diferencia y con ello impide la cosmopolitización de la sociedad que termina por romper sus aspiraciones. Una tercera razón se la podemos atribuir a que la convergencia impuesta por el desarrollo neoliberal únicamente ofrece generalizaciones en lugar de explicaciones y diagnósticos completos puesto que no considera que ésta puede convivir de manera simultánea con la divergencia que se presenta en otros niveles.

El desarrollo global, entendido bajo esta idea homogeneizadora, hegemónica y occidentalista, condiciona lo local a seguir un camino de estrategias impuesto desde afuera bajo la premisa de alcanzar mejores niveles de bienestar para la población, en ese sentido, tanto los movimientos “globalifóbicos” y los modelos alternativos de desarrollo se presentan como otra vía ante la posibilidad de crearse un camino propio hacia el progreso. En ese aspecto, es la sociedad civil quien debe llevar al Estado, como actor tradicional del sistema internacional, a impulsar modelos de desarrollo definido bajo métodos propios, es decir, impulsar enfoques desde lo local como una herramienta que le permita reivindicar su cosmovisión. Así pues, estas disyuntivas ofrecen la posibilidad de repensar el poder, la

5 Vocablo que utiliza para definir “la evaluación seria de las alternativas históricas, el ejercicio de nuestro juicio en cuanto a la racionalidad material de los posibles sistemas históricos alternativos. Es la evaluación sobria, racional y realista de los sistemas sociales humanos y sus limitaciones, así como de los ámbitos abiertos a la creatividad humana”.

espacialidad y los modos del desarrollo en un mundo contemporáneo que se replantea día a día cuál es el objetivo final del desarrollo.

REFERENCIAS

- Alperovitz, Gar. (2011). *The New-Economy Movement*. The Nation, Activism. Recuperado de <https://www.thenation.com/article/new-economy-movement>
- Bunge, Mario. (1985). *Economía y filosofía*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Bustelo, Pablo. (1992). *Economía del Desarrollo. Un análisis histórico*. Madrid: Editorial Complutense.
- De Oliveira, R. (2015). Acción internacional para la sustentabilidad local. *Revista Mexicana de Política Exterior*, núm. 104, mayo-agosto de 2015, 147-168.
- Duncan, Della Z. (2016). *Economics for Transition in Frome. From a complex context to a wellbeing for all economy*. United Kingdom: Schumacher College Plymouth University.
- Griffin, Keith. (2001), “Desarrollo humano: origen, evolución e impacto”, en Ibarra, Pedro y Unceta, Koldo. *Ensayos sobre el desarrollo humano*. Barcelona: Icaria. Recuperado de <http://www.ciberoamericana.com/documentos/introcoopdes/Desarrollo%20Humano.%20Origen,%20Evoluci%23U00f3n,%20Impacto.pdf>
- Harris, Richard L. (2002). Globalization and Globalism in Latin America: Contending Perspectives. *Latin American Perspectives*, 29(6), 5-23.
- Harvey, David. (2014). *Diecisiete contradicciones del capital y el fin del neoliberalismo*. Quito, Ecuador: IAEN – Instituto de Altos Estudios Nacionales del Ecuador.
- Herrera, Wilmann y Rodríguez, Gustavo. (2010). *Construcción de políticas públicas de salud en el marco de la protección social para la generación de estilos de vida saludables en el ambiente laboral colombiano*. Medellín: Facultad de Administración.
- Hidalgo Tuñón, Alberto. (2000). *Teorías y modelos de la idea de desarrollo: los cinco cánones*. España: Universidad de Oviedo.
- Naredo, José Manuel. (2015). *La economía en evolución*. 4ª Ed. Madrid, España: Siglo XXI.
- Nederveen, Jan. (1998). My paradigm or yours? Alternative development, post-development, reflexive development. *Development and Change*, 29, pp. 343-373.
- (2014). *Rethinking modernity and capitalism. Add context and stir*. United States: Sociopedia.
- Ordoñez Tovar, Jorge Alberto. (2014). *Teorías del desarrollo y el papel del Estado: Desarrollo humano y bienestar, propuesta de un indicador complementario al Índice de Desarrollo Humano en México*. Política y gobierno, 21(2), pp. 409-441.
- Peet, R. y Hartwick, E. (2015). *Theories of Development: Contentions, Arguments Alternatives*. Nueva York, United States: The Guilford Press.

- Power, Marcus. (2003). *Rethinking Development Geographies*. United States: Routledge.
- Reyes, Giovanni. (2009). Teorías de desarrollo económico y social: Articulación con el planteamiento de desarrollo humano. *Tendencias*, X(1), 117-142.
- Rist, Gilbert. (2002). *El desarrollo: historia de una creencia occidental*. Madrid: Catarata y Universidad Autónoma de Madrid, Instituto Universitario de Cooperación y Desarrollo.
- Urbán Madrigal, Diego Gilberto. (2017). *El papel de la cooperación internacional en el desarrollo de los pueblos indígenas de América Latina: un enfoque desde sus Derechos Internacionales*. México: Universidad de Guadalajara.
- Usategui, Ricardo. (2009). Análisis del nacimiento y desarrollo del movimiento antiglobalización. *Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*, 3(2), 153-169.
- Vargas-Hernández, José. (2008). *Análisis crítico de las teorías del desarrollo económico*. Cali, Colombia: Economía, Gestión y Desarrollo. Pp. 109-131.
- Wallerstein, Immanuel. (1998). *Utopística o las opciones históricas del siglo XXI*. México: Siglo XXI Editores.

ALFA CITLALLI MONTSERRAT GUTIÉRREZ HERNÁNDEZ. Es doctorante de estudios del desarrollo global en la Universidad Autónoma de Baja California, maestra en Ciencia política por la Universidad de Guadalajara con una orientación en política internacional, geopolítica y seguridad y licenciada en relaciones internacionales por el Tecnológico de Monterrey Campus Guadalajara. Sus áreas de interés son: desarrollo, globalización, bienestar, modelos alternativos de desarrollo e indicadores sociales.